

drado: su regularidad no adolece de monotonía, y á despecho de la época se halla tan exento de resabios de barroquismo como de la fría desnudez de nuestra moderna restauracion. Flanquean sus ángulos cuerpos avanzados á manera de pabellones, para interrumpir la línea horizontal; préstale gravedad y robustez su zócalo almohadillado de piedra berroqueña en el cual se abren las prolongadas ventanas del piso bajo; al par que respira ligereza y gracia su piso principal sostenido por pilastras y columnas. Pilastras son de capitel dórico en el fondo del lienzo las que son columnas jónicas en los cuerpos angulares y en el centro de las fachadas; en cada intercolumnio diseñase con limpieza un airoso balcon coronado con frontispicio triangular ó circular alternativamente, y encima de los balcones ventanas achatadas y cuadrilongas correspondientes á los pisos superiores. Ancha cornisa sombrea el edificio, corriendo por cima de ella un balaustre de piedra, sobre cuyos interpolados pedestales han reemplazado gruesos jarrones á las colosales estátuas de reyes que adornan hoy la contigua plaza. Centellea el sol en su techo de pizarra sembrado de bohardillas y chimeneas: la cornisa, las columnas, las jambas y frontispicios de los balcones, y demás obras de relieve labradas en piedra blanca, resaltan hermosamente sobre el cárdeno granito del fondo; y el edificio todo campea aislado sobre el purísimo cielo de Madrid, sobre el horizonte de verdor que se estiende á sus plantas vivificado por el sinuoso Manzanares, sobre las densas arboledas de la *casa del Campo*, sobre las azules sieras de Guadarrama bordadas de perpétua nieve.

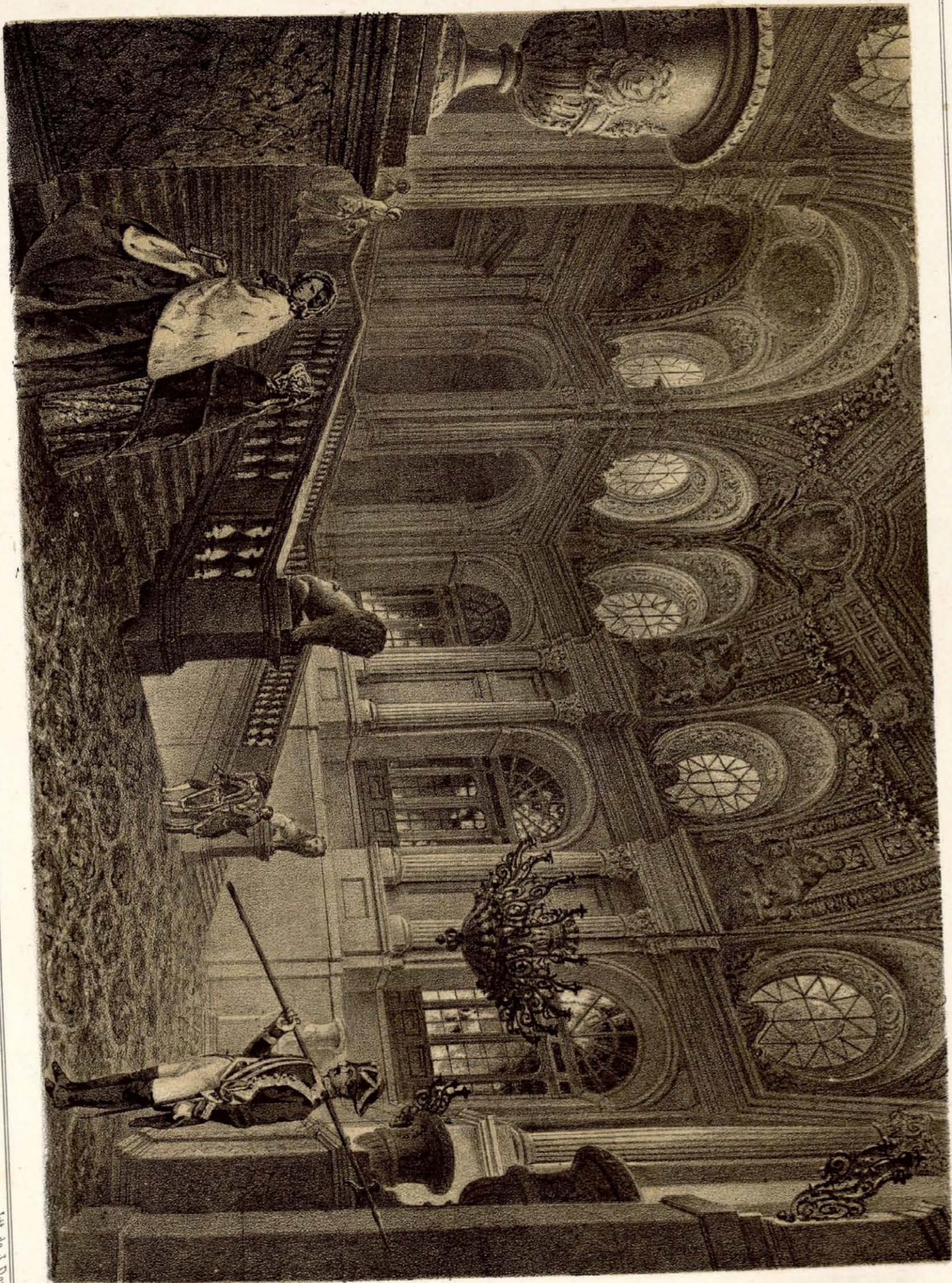
Cien pies sobre el suelo se levantan sus muros por los lados de mediodía y oriente; pero la hondura del terreno hácia la campiña, casi duplica la altura de las otras dos fachadas, poniendo mas al descubierto su gallardía y los gastos y dificultades de la empresa (1). Para remediar el enorme desnivel, cortáronse á pico las cuevas, terraplenáronse los precipicios, erigiéronse fuertes bóvedas y gruesos murallones, tanto para robustecer el edificio como para aumentar su capacidad, abarcando en sus pisos bajos sobreabundante local para oficinas y dependencias inferiores. Ciñelo por ambos lados de norte y poniente un anchuroso pretil con balaustre de piedra; y las escalinatas dispuestas en suntuosos ramales, y los macizos baluartes, y las suaves pendientes que bajan hasta la vega, lábranle un pintoresco y magnífico pedestal que le dá cierto carácter de ciudadela. Un

(1) Véase la lámina que representa el exterior del Real palacio.

ameno parque eternizado en las comedias de Lope y Calderon, ocupaba antiguamente el espacio intermedio hasta las márgenes del rio, y al erigir el palacio trazáronse para adornarlo elegantes jardines que no llegaron á realizarse; pero en nuestros dias el *campo del Moro* ha salido de su aridez y abandono, convirtiéndose en un delicioso *parterre*, cuyos verdes cuadros con sus dibujos servirán á la régia fábrica de vegetal alfombra.

La fachada septentrional presenta en su centro un cuerpo sostenido por ocho columnas, correspondiente á la capilla real, cuya cúpula asoma por cima del techo estribando sobre cuatro áticos con grandes claraboyas. Pero del centro de las demás fachadas sobresalen tan solo tres balcones volados metidos tambien entre cuatro columnas, ceñidos por balaustres de piedra, apoyados sobre grandes mensulas con trofeos y cabezas de leones. Los del lienzo de medio dia estriban sobre las tres entradas principales, y encima de su imposta descuella la esfera del reloj en el fondo de un frontispicio poco elegante: lo cual unido á las cinco puertas que miran al mismo lado dan á aquella fachada la supremacía sobre las restantes. En la época de Carlos III se trató de prolongar en dos alas los pabellones que la flanquean, como se hizo respecto del derecho, siguiendo en la construccion idéntico estilo, y rodeándola de un terrado con galería fundado sobre arcos en el piso bajo; obra desde entonces interrumpida y activada al presente con nuevo ardor, si bien no completará su vistoso efecto sino con la prolongacion del ala paralela.

Sea que penetremos por cualquiera de las cinco puertas del Sur, sea por la mas frecuentada que se abre al Oriente y se llama *del Principe*, se nos ofrecerá á la vista un grandioso patio cuadrado de ciento cuarenta pies de área, circuido de pórtico con nueve arcos por ala, y otros tantos arriba cerrados con cristales, que alumbran la espaciosa galería de las habitaciones superiores. Pilastras lisas revisten el primer cuerpo, columnas jónicas el segundo, y sobre él se dilata un ándito descubierta con antepecho abalaustrado: pero los muros interiores de la galería siguen hasta nivelarse con la altura de la fachada, con otro cornisamento y balaustrada por remate. Desde los pilares del ingreso principal han pasado á adornar los arcos del patio cuatro estatuas colosales de los emperadores de Roma que tuvieron su cuna en España, Trajano, Adriano, Teodosio y Honorio: en el conjunto y en los accesorios domina la sencillez, el desahogo, la mas correcta simetría. Pero al desembocar en la régia escalera quedan los ojos un momento deslumbrados con la magestad de las pro-



Diseño del autor y litografía por E. J. Parcerisa

ESCALERA PRINCIPAL DEL REAL PALACIO.
(Madrid.)

Lit. de J. Duran.





porciones y la riqueza del adorno (1). Hasta la mitad de su altura elévanse en un solo tiro las suavísimas gradas de manchado mármol en medio de dos lustrosas balaustradas cuyo extremo guardan sobre su pedestal dos grandes leones de mármol blanco (2); y á uno y otro lado de la anchurosa meseta giran dos ramales paralelos, terminando en la galería que dá entrada al salon *de Guardias*. A la altura de este rodea la pieza un corredor cerrado de cristales, sostenido por doce columnas compuestas que coronan castillos y leones enlazados con el collar del toyson; cuatro medallones adornan los ángulos encima de la cornisa, y en la bóveda trazó al fresco la diestra mano de Conrado Giaquinto el homenaje rendido á la augusta religion por la monarquía española.

Atravesando el salon de *Guardias*, cuyo techo pintado por Juan Bautista Tiépolo representa al piadoso Eneas en la mansion de los dioses, entramos en el llamado de *Columnas* á causa de las que sustentan su rica techumbre, iguales en todo á las de la escalera; formando en los ángulos una especie de pabellon. Destinada aquella estancia para caja de otra escalera colateral á la existente, fué convertida luego en sala de baile formándole un pavimento de escogidos mármoles, y figurando en su bóveda el mismo Conrado, la aparicion del Sol y el universal contento de la naturaleza.

Los medallones de los áugulos, los trofeos y follages y las cuatro figuras alegóricas que coronan su cornisa, dán á la sala un realce mayor que el que pudieran prestarle las mas ricas colgaduras y el mueblage mas precioso; tanto es lo que aventaja la arquitectura, aun cuando no sea muy gallarda, á los adornos sobrepuestos y moviliarios. Y este cabalmente es el vacío que en el palacio deja sentirse al través de su magnificencia y profusion: nada de suyo puso el arquitecto en el interior de los salones; lisa dejó la bóveda al pintor para que la cubriera con sus frescos; lisos dejó los muros para que los revistieran admirables cuadros ó vistosas sederías. Quitad unos y otras, y nada les queda á las régias estancias sino su

(1) Véase la lámina de la escalera de palacio.

(2) Sobre uno de estos leones dícese que puso la mano Napoleon, al visitar de incógnito el palacio en una madrugada de diciembre de 1808, exclamando con entusiasmo: *Je la tiens enfin cette Espagne si désirée*, Y luego volviéndose á su hermano José que le acompañaba, y haciendo el paralelo de este palacio con el de las Tullerías, no pudo menos de decir: *Mon frère, vous serez mieux logé que moi*. Pero lo que sobre todo y casi únicamente fijó su atención fué el retrato de Felipe II que contempló largo rato con cierta emociion é inquietud semejante á la que inspira la presencia de un competidor.

desnuda capacidad. Las salas no se diferencian entre sí sino por el color de sus colgaduras, por el asunto de sus frescos ó por la forma de sus muebles; y aun estos pertenecen en su mayor parte á una época que sino es la menos elegante, no va unida á los mas nobles é interesantes recuerdos. Reina allí la opulencia, pero opulencia individual y como de persona privada; nada hay de histórico, nada que refleje con curiosa variedad el carácter, las glorias, las tradiciones de los sucesivos reinados.

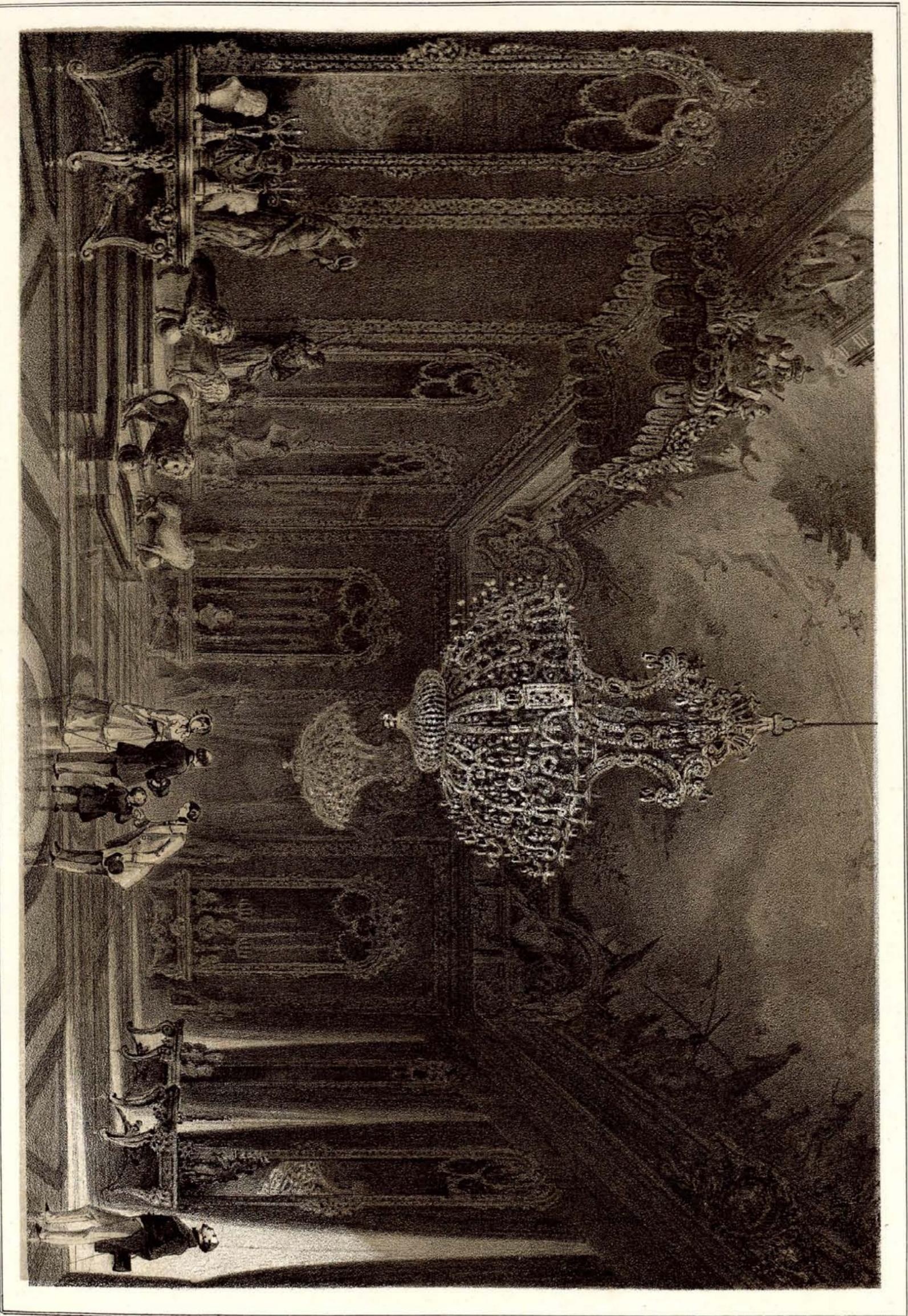
Sin embargo, cuando en el fondo de la antecámara real aparece en toda su magestad el *salon de embajadores* con sus muros revestidos de colosales espejos, con su colgadura de terciopelo carmesí bordado de oro, con los bustos, relojes, y demas preciosidades acumuladas sobre sus doce mesas de jaspe, conmuevese la fantasía, y aquel sólio guardado por dos leones dorados y cobijado por magnífico dosel parece que está reclamando á los soberanos de ambos mundos. Éralo todavía el que construyó tal estancia, y de su poder y grandeza son ingeniosas alegorías (1) las figuras que pueblan la gran bóveda pintada por Tiépolo con fuego y valentía; sobre la cornisa distingúense personificadas con sus trages y producciones las provincias españolas y americanas, y bajo las conchas de los ángulos desnudas estátuas en representacion de rios sostienen dorados medallones. No era, no, tan rico el trono desde el cual dictaba leyes al mundo el Emperador, y desde el cual Felipe II con sus profundas combinaciones mantenía suspensa á la Europa. ¡Singular destino de las instituciones humanas! vienen los nombres cuando desaparecen las cosas, y crece la ostentacion segun mengua el poderío.

Obras maestras de Ticiano y de Rubens, de Velazquez y de Murillo, que profusamente repartidas antes por todo el palacio forman al presente la gloria del Museo, adornaban en especial el comedor de S. M. y la contigüa sala de cena y conversacion; pero quédanles todavía los frescos de sus bóvedas donde lució sus talentos el célebre Mengs en las apoteosis de Hércules y de Trajano. En el vestuario, en el despacho, en el cuarto dormitorio y en algun otro gabinete brillan lindos techos de estuco ó *escayola* esculpidos con figuras chinescas y caprichos de frutas y de flo-

(1) En una pirámide que descuella entre varios grupos de virtudes léese este distico en honor de Cárlos III:

Ardua quæ attollis monumenta et flectier ævo
Nescia, te celebrant, carole, magnanimum.

Juan Bautista Tiépolo italiano que pintó este y otros frescos en palacio, despues de haberse hecho famoso en Europa, vino al servicio de aquel monarca, y murió en Madrid en 1770.



Diseño del arquitecto Juan de Herrera.

SALON DE ENBAJADORES.
(Palacio Real de Madrid.)

Int. de J. Donon.





res; preciosos embutidos de bronce y maderas cubren sus muebles y el mismo pavimento; y grandes piezas de porcelana fabricadas en el Retiro visten las paredes de otra sala con guirnaldas y follages y niños de relieve. Pintores mas recientes y no menos apreciables trazaron en otros techos; D. Juan Ribera la gloria de S. Fernando, y D. Vicente Lopez la institucion de la órden de Carlos III: los hermanos D. Antonio y D. Luis Velazquez pintaron asuntos alegóricos en las habitaciones de la reina; y abandonando la gastada mitología, representó el primero en una bóveda el sublime don de un nuevo mundo ofrecido por Colon á los reyes Católicos, Bayeu en otra la conquista heroica de Granada, y Mengs en la última el nacimiento de la aurora, figurando con acierto en los ornatos accesorios las horas, las estaciones, los elementos.

Las salas del mediodia estaban destinadas al monarca, las de poniente á su real consorte; las de oriente, adornadas en sus bóvedas con frescos mitológicos y alegóricos de Bayeu y Maella, servian de habitacion á los príncipes de Asturias, y las del norte á los infantes, hijos, hermanos y tios del soberano, reunidos patriarcalmente bajo su techo. Funestas vicisitudes y emigraciones han alterado este arreglo, los huéspedes han ido en disminucion, y en las vacías estancias respira la tristeza de la soledad. Y con todo la elegancia se enlaza con la suntuosidad por todas partes para sonreir á los sentidos; sederías de vivos colores y variados dibujos tapizan las paredes y se armonizan con las almohadas de la sillería; grandes espejos multiplican los objetos en mágica lontananza; de los balcones y puertas cuelgan airosas cortinas, y del centro de los techos admirables arañas de cristal de roca; bustos de pórfido y mármol, floreros, candelabros, relojes sin número encerrados en bellos grupos ó figuras, coronan las mesas y chimeneas; y apenas hay accesorio en que el valor y la proligidad del trabajo no se disputen entre sí la atencion.

A nivel de la galería superior que dá vuelta al patio y que se engalana en la festividad del Corpus con famosa tapicería flamenca (1), está la real capilla mas adornada que espaciosa, presentando á los extremos de su elíptico recinto otras dos elipses, una para el altar mayor, y otra para la tribuna de S. M. Sobre los ángulos que resultan de su interseccion voltean cuatro arcos, que enlazados por un anillo sostienen el atico con clarabo-

(1) Estos tapices excelentes en su género representan pasages del Apocalipsis de los actos Apostólicos, y la expedicion de Carlos V á Tunez; y á ellos se han agregado otros modernos de la fábrica de Madrid que contienen las historias de José, David, Salomon y Tito.

yas y la cúpula que lo cierra; pintóla Conrado Giaquinto representando la augusta Trinidad rodeada de ángeles y coros de santos, figuró en las cuatro pechinas á san Dámaso, san Hermenegildo, san Isidro y su santa esposa, y matizó con otros frescos las bóvedas de los arcos. Columnas corintias de manchado mármol se elevan airosamente hasta la cornisa, pero de allí arriba producen ingrata confusion las figuras de estuco y dorados adornos que cubren con esceso los arcos y el anillo, las pechinas y claroboyas. De mármoles tambien el presbiterio y el altar, donde un cuadro de la Anunciacion ha reemplazado al de san Miguel, titular de la antigua parroquia pegada un tiempo al alcázar; y la presencia del soberano bajo dosel, al extremo izquierdo de sus gradas, contribuye á realzar no poco las grandes solemnidades. A mas de las ricas alhajas consagradas al culto en la sacristía, encierra el guardajoyas de palacio otras raras y preciosísimas, tesoros literarios y arqueológicos la copiosa biblioteca colocada en el piso bajo, multitud de estátuas las inmensas bóvedas, y en pintura y escultura queda todavia dentro de su recinto lo bastante para fijar la admiracion de los artistas.

Ante la fachada meridional estiéndese una plaza, que si cual es de espaciosa, estuviera cerrada por grandes casas con dorados balcones y por ricas tiendas coronadas de terrados, como las que, segun relaciones de aquel tiempo, hacian compañía al primitivo alcázar, apenas encontraria su semejante. Un mezquino cuartelillo y un mirador que dá vista al rio forman sus dos alas, y su frente paralelo á palacio la vasta *Armeria*, severo y desnudo edificio de la época de Felipe II, construido por Gaspar de la Vega, dando visos de átrio á esta plaza el grande arco almohadillado que le abre salida ácia la calle de la *Almudena*. Desde la fortaleza de Simancas pasaron en 1565 á adornar los prolongados muros de aquella galería militar innumerables armas, curiosas como datos para la historia del arte, gloriosas como recuerdos para la historia nacional: lanzas y partesanas, mazas y segures, venablos y alabardas, dagas y puñales, arcabuces, mosquetes y moriscas cimitarras, cuelgan formando vistosos grupos y trofeos; las bardas de los caballos, las armaduras de los campeones montados sobre caballetes, parecen encerrar todavia al cuerpo que defendieron; las espadas invictas de nuestros héroes se cruzan con las de ilustres prisioneros ó con los bárbaros despojos de las naciones que subyugaron; las tradiciones poéticas de Pelayo, del Cid, de Bernardo del Carpio se enlazan con los históricos blasones de san Fernando y de Carlos V, del Gran

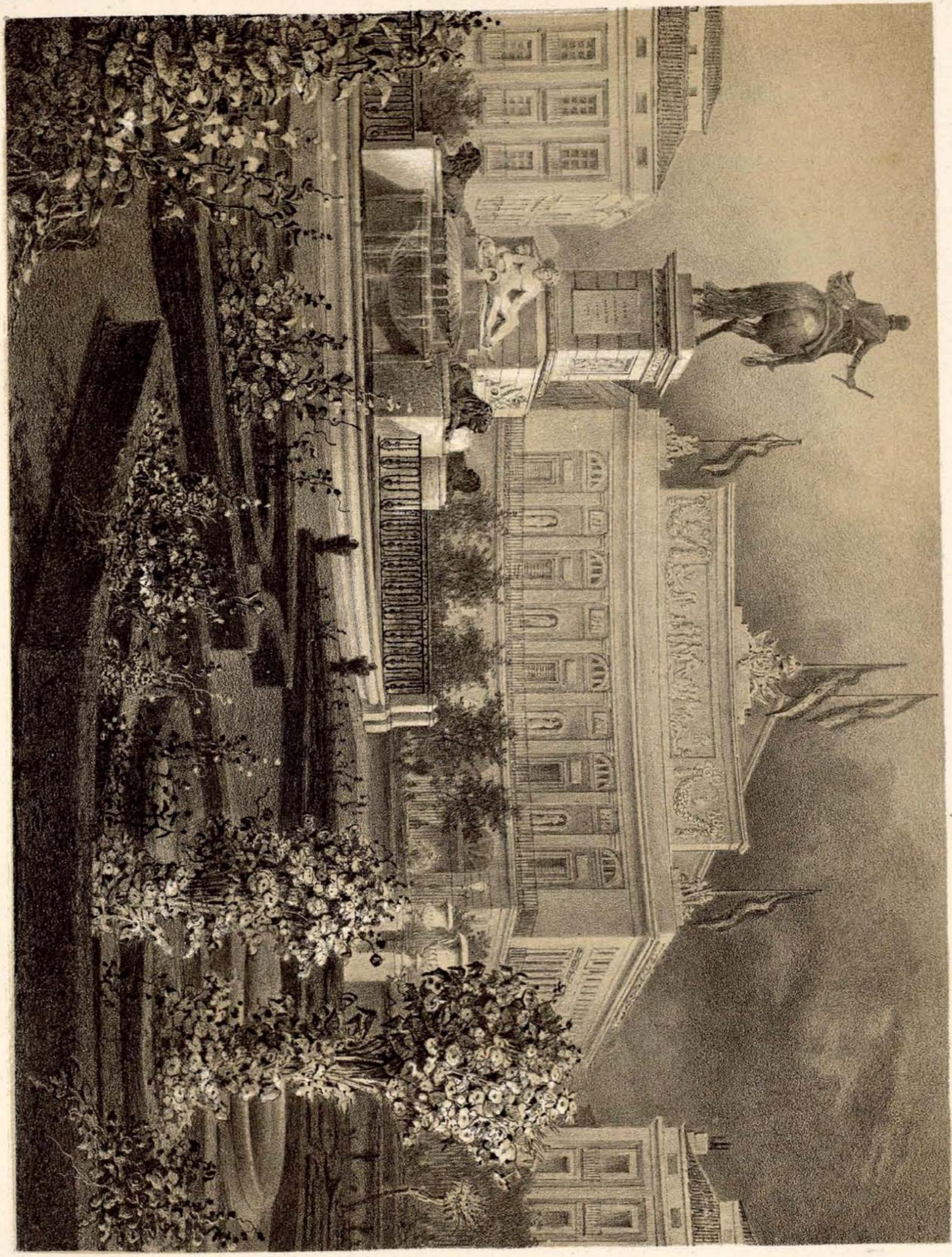
Capitan, de Hernán Cortés y de D. Juan de Austria (1). Ocuparon las caballerizas el piso bajo de la *Armeria*, hasta que Carlos III construyó para ellas aquella suntuosa fábrica que al norte de palacio se prolonga ácia el cuartel de S. Gil, y cuyos fuertes cimientos por el lado del barranco asombran al espectador desde la puerta de S. Vicente. Ácia el mismo lado se estienden las espaciosas cocheras levantadas por Fernando VII; desde el puente de Segovia hasta el paseo de la Florida solo escarpados ribazos dominaban un siglo atrás, y el desmonte y nivelacion del terreno, de cuyas honduras parecen haber brotado los edificios, es un esfuerzo de constancia que no puede debidamente apreciar el que hoy pisa descansado sus pendientes suavísimas.

Al oriente de palacio se dilata la populosa villa, cuyo caserío ahogaba hasta nuestros dias su perspectiva por aquel lado; estrechas calles é irregulares manzanas, entre las cuales descollaba la casa del *Tesoro*, la parroquia de san Juan y el convento de santa Clara, se repartian aquel vasto solar, que los franceses convirtieron en monton de escombros para aislar de la enemiga poblacion la morada del rey intruso. Fernando VII pensó en circuir aquel recinto con una galería de columnas para enlazar su palacio con el nuevo teatro *de Oriente*, que enfrente, si bien á larga distancia, se construia; pero la ejecucion no correspondió á la grandio-

(1) Largas serían de enumerar las preciosidades de esta galería; recordaremos las mas notables. Entre las armaduras distínguense las dos que solia vestir Isabel la Católica en la expedicion de Granada, compuestas de peto, espaldar, brazaletes y morrion con su cifra en las viseras, la del rey Boabdil, el peto y celada del duque de Sajonia prisionero de Carlos V, otra armadura regalada á Felipe V por Luis XIV, una entretegida con pedazos de ballena que algunos creen americana y otros chinesca, la antigua de S. Fernando que reviste su moderna estatua sentada en el testero de la galería, y las completas de Carlos V, Felipe II y Felipe III que aparecen en medio montados á caballo. Nótanse entre las sillas de montar las del rey Católico, de Carlos de Anjou y del Gran Capitan; muchos yelmos, petos y escudos, que no remontan sin embargo mas allá del siglo XVI, se distinguen por sus primorosas labores, y algunos por sus relieves de oro y plata, representando alegorias, pasages mitológicos y batallas antiguas y modernas: el escudo dado á D. Juan de Austria por S. Pio V lleva en medio un crucifijo de plata con esta letra: *Christus vivit, Chistus imperat, Chistus regnat*. Muéstranse las espadas de Pelayo, de Roldan, de Bernardo del Carpio y del Cid, estas dos últimas hechas en Zaragoza, otra que se halló petrificada orillas del Tajo, la del rey Católico hecha en Valencia, las de Garcia de Paredes y Hernán Cortés, la riquísima de Boabdil, la del duque de Weimar, vencido en Horlinger, y un alfange damasquino que perdió Ali-bajá en la batalla de Lepanto, colas de caballo, aljabas, estandartes tomados á los turcos, arcos americanos, banderas de las campañas de Flandes: la espada de Francisco I fué arrebatada en 1809 por Bonaparte. Merecen ademas la atencion la lanza del rey D. Pedro, la litera de D. Enrique *el doliente*, la vajilla de campaña de Carlos V, la carroza de Doña Juana *la loca* pintada de negro y esculpida minuciosamente al estilo plateresco, que fué la primera que apareció en Madrid en 1546, y otra de hierro trabajada en Vizcaya en 1828 y regalada á Fernando VII.

sidad del proyecto, el solar continuó yermo, y apenas hace seis años que disimula en parte su informe vacío una deliciosa glorieta. La plaza de *Oriente* aun dista mucho de la regularidad, aunque nuevas y hermosas casas brotan cada día para alinear su polígono inmenso; pero es tan desahogado y *campestre* su horizonte ¡aparece en su fondo con tanta gracia la régia construcción entre los verdes árboles y las blancas estatuas! Su paseo circular se levanta sobre el suelo un par de gradas, orlado de renuevos ya frondosos, y cercado de zócalos sobre los cuales asienta aquella serie de reyes colosales en que á mediados del siglo último trabajaron todos los cincéles de Madrid bajo la dirección de Domingo Olivieri y Felipe de Castro, y que bajando del techo de palacio yació largos años en la oscuridad de los sótanos. Aunque poco caracterizados en su traje y fisonomía, aunque de postura violenta y de trabajo nada esmerado algunos, place recorrer á vista de ellos la historia de la monarquía desde el godo Ataulfo, y prestarles vida y lenguaje, é imaginar sus misteriosos diálogos acerca de las vicisitudes y destinos del trono que sucesivamente engrandecieron. Altas verjas de hierro cierran en círculo concéntrico un lindojardín de flores y árboles, por cima de los cuales sobre un elevado pedestal que modernos escultores han adornado con bajos relieves y estatuas de rios en sus cuatro frentes y leones de bronce en sus ángulos, descuella la famosa estatua ecuestre de Felipe IV. Fué don verdaderamente régio del gran duque de Toscana; trazó sobre el lienzo su modelo el inmortal Velazquez, y el escultor Pedro Tacca realizó en Florencia sobre pesado bronce la creación osada del pintor. Sostener sobre las dos piernas traseras del caballo en actitud de corbeta una mole enorme de diez y ocho mil libras, problema imposible de resolver pareció á los profesores y aun al mismo Galileo, si bien otras versiones con mas verosimilitud le atribuyen la gloria de haber sugerido su resolución; pero tal destreza se dió Tacca en distribuir los gruesos y los macizos en el trozo posterior del grupo, que la parte delantera ahuecada se mantuvo al aire sin perder un punto de su equilibrio. Poco menos difícil sería su colocación sobre la fachada del primitivo palacio del Buen Retiro, de cuya altura bajando, segun dicen (1), en el reinado de Carlos II bajo el gobierno de D. Juan de Austria, mantuvo ocultos en aquellos cerrados jardines sus primores, hasta que hábilmente trasladado en nuestros días ha sa-

(1) Cítase con este motivo una cuarteta que corrió á manera de pasquin acerca de las fallidas promesas de economía hechas por el nuevo gobierno:



Diseño del autor y lit. por F. J. Pascualisa.

TEATRO REAL DESDE LA ESTATUA DE FELIPE IV.
(Madrid.)

Lit. Donon, Madrid.





lido otra vez á ostentarlos. Destaca sobre el azul de los cielos el gallardo perfil de la estatua con su desnuda y varonil cabeza, con su brazo empuñando el cetro é imperiosamente tendido, con su banda ondulante y suelta al viento; y al ver por bajo de las suspendidas piernas del fogoso corcel las lejanas cordilleras de Guadarrama, se figura uno á aquellos encantados hipògrifos que se cernian sobre la tierra montados por audaces paladines (1).

Sin embargo la mansion natural del rey galante y poeta, el sitio á que vá unida inseparablemente su memoria, es el Buen Retiro, cuyos renovados vestigios y frondosos jardines se estienden ácia el oriente á la estremidad opuesta de Madrid. Arrimada al convento de S. Gerónimo del Prado tenian los reyes con el modesto nombre de *Cuarto* una habitacion, que ensanchó Felipe II con vergel y galerías y cercó de fosos y flanqueó con cuatro torres, á imitacion de una quinta de Inglaterra donde habia morado con la reina María su consorte. Cuando el conde duque de Olivares trató de apartar de los negocios á Felipe IV con la seduccion de los placeres, no conviniéndole tampoco alejar demasiado su protectora sombra, le construyó dentro de la misma capital una residencia donde con mas sosiego y libertad que en palacio pudiera entregarse á su indolente sueño. La villa misma con forzada y ruïnosa lisonja ofreció en 1630 veinte mil ducados para la fábrica del Buen Retiro; compráronse campos, desmontáronse terrenos cubiertos antes de rústicas ermitas; y levantóse en el centro un gran cuadrado con torres en las esquinas, no magnífico, no monumental, porque rara vez es accesible á sublimes inspiraciones el sentimiento del deleite, pero que el lujo y la profusion inundarian de prestado y pasajero esplendor durante la continuada fiesta de aquel reinado. Allí las poéticas academias donde rivalizaban en agudeza y donaire los mas famosos ingenios de la corte, allí las brillantes representaciones en que se estrenaban las obras maestras de nuestros dramáticos, allí las músicas y los juegos y los vítores cuyo alegre estruendo ahogaba los gemidos de la nacion y aturdió al impre-

Pan y carne á quince y once
Como fué el año pasado,
Con que nada se ha bajado
Sinó el caballo de bronce.

En cuanto á la estatua fué fundada en 1640, segun se lee en la cincha del caballo: *Petrus Tacca f. Florentia anno salutis MDCXXX*. En los inventarios del Retiro se halla estimada en 40,000 *doblon*es, aunque costó menos sin comparacion.

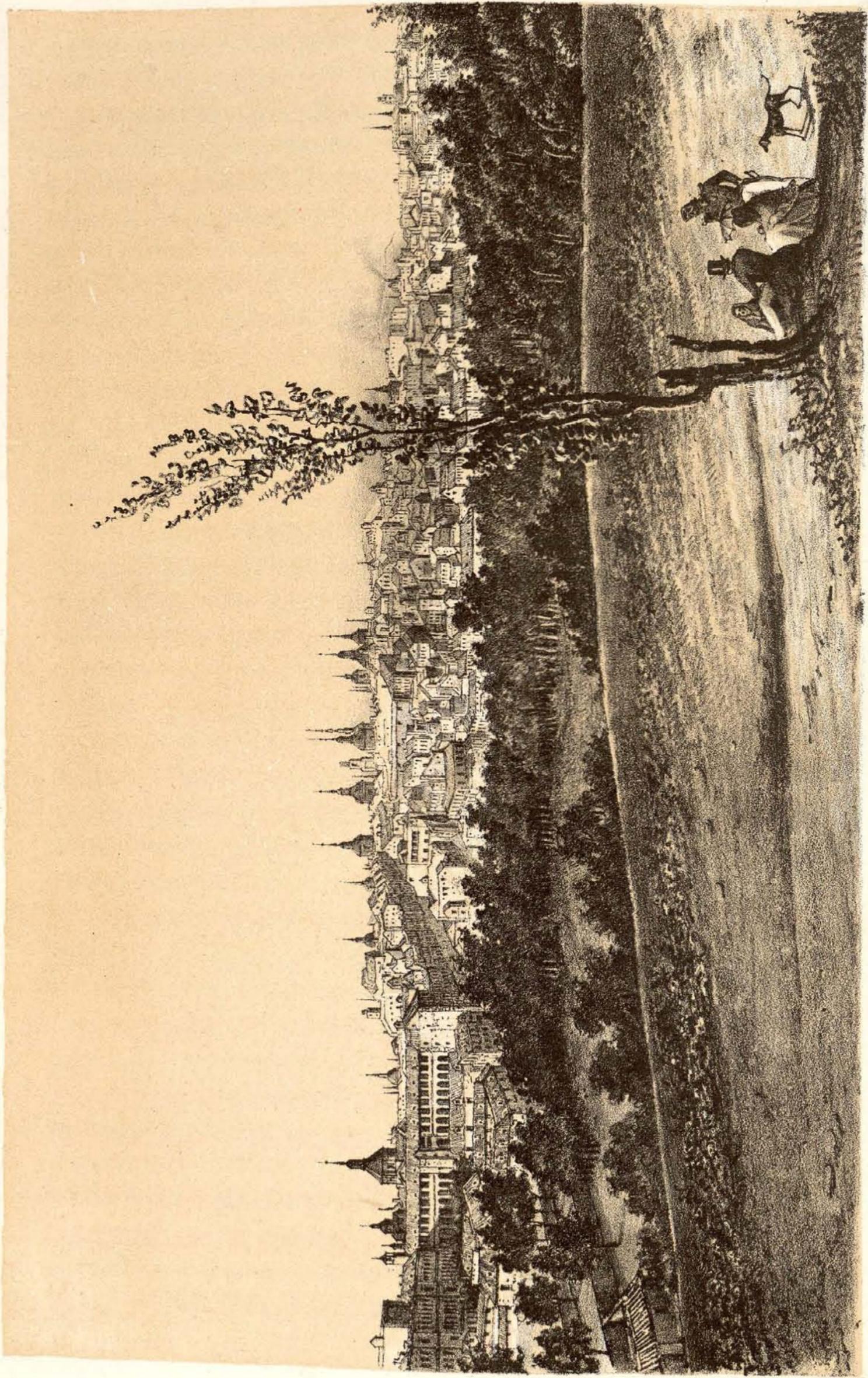
(1) Véase la lámina de la plaza de Oriente.

visor monarca, allí las nocturnas máscaras y saraos que encubrían tanta intriga palaciega y tanta amorosa aventura. Deslizóse en el Retiro la enfermiza niñez de Carlos II, trocado su bullicio en tristeza y soledad de monasterio; pero nuevas obras repararon ácia entonces los estragos de las llamas y engrandecieron su recinto. Cuando el incendio de 1734 hubo privado de su real palacio á Felipe V, en tanto que se construía el nuevo, hallaron él y su sucesor asilo en el Buen Retiro, que alcanzó una segunda época de opulencia y animacion poco inferior á la primera. A Calderon reemplazó Farinelli, á los sutiles y delicados conceptos los melodiosos trinos de los cantores, á las airosas capas y elegantes valonas y gorras prendidas con gallardas plumas, las pecheras y empolvados rizos y bordados casacones, á la española fiereza templada por caballeresca galantería los modales franceses regulados por una mesurada dignidad.

Cual fuese un siglo atrás el aspecto y distribucion del Buen Retiro, solo puede traslucirse ya de las relaciones contemporáneas. Estendíase al pié del palacio, á lo largo de la cuesta y hasta la mitad del Prado, una poblacion numerosa atraida en pos de la córte, escoltaban los vastos cuarteles y dependencias, y nuevas construcciones interpoladas con jardines se habian agregado irregularmente al edificio principal de estructura insignificante. Largas calles de álamos conducian ácia la fábrica de la *China* donde se trabajaba esquisita porcelana, y al oriente del grande estanque yacía un terreno aridísimo donde Carlos III hizo despues brotar sin riego un denso bosque de olmos y de encinas: en medio de los jardines descollaba la parroquia del sitio dedicada á nuestra Señora de las Angustias, cuya bella efigie se vació en bronce sobre el original de Miguel Angel. A falta de bellezas arquitectónicas escelentes cuadros adornaban las salas de palacio, gran copia de retratos las galerías, y doce lienzos de batallas el salon de *los reinos*, en cuyo derredor brillaban las armas de las provincias y ciudades que en córtes allí se reunian. Pero el *Cason*, fábrica de buen estilo añadida al palacio por el marqués Crescenci y pegada á su espalda en medio de los jardinetes, se envanecía con los frescos que trazó en sus bóvedas Lucas Jordan, sobre todo en la del salon de *bailes*, donde entre multitud de figuras alegóricas y mitológicas representó, sobrepujándose á sí mismo, la institucion de la orden del toyson por Felipe de Borgoña. Para las grandes óperas cantadas á presencia de Fernando VI levantóse un suntuoso teatro, si bien los jardines



CASTILLA LA NUEVA



1848. del. por V. J. Packerisa.

MADRID.
(desde el Retiro.)

mismos bajo la bóveda del cielo ofrecían á veces una escena mas natural y grandiosa á aquellas mágicas representaciones. Servía entonces de palco á los espectadores una casita ó cenador con columnas de alabastro en su portada, situado al extremo del jardin de *San Pablo* en el sitio que antes ocupó una ermita dedicada al santo anacoreta. Habia bosques y alamedas, huertas y jardines; los habia para todas estaciones, de invierno, de verano, de primavera; y sobre masas de verdor destacaban admirables estátuas para realzar con las maravillas del arte los encantos de la naturaleza. La ecuestre de Felipe IV se erguia en el jardin principal, adornaba el pórtico del *de los reinos* la de Isabel emperatriz, y en el de *San Pablo* tres efigies en bronce atestiguaban la rara habilidad de Leon Leoni, representando las dos menores á Felipe II todavia principe y á Maria reina de Ungría, y la principal á Cárlos V. hollando con imperial magestad al furor encadenado (1).

Desde el aciago 2 de mayo de 1808, desde el dia en que descargas horribles metrallaban á las atrahilladas víctimas del mas noble patriotismo, surcado aquel delicioso sitio por regueros de sangre trocóse en baluarte de la estrangera opresion. Cayeron sus bosques, desaparecieron sus jardines, á establos y cuarteles fué destinado lo que permaneció en pié de las régias estancias, donde á la sombra de odiosos parapetos hicieron su nido por cuatro años las rapaces águilas de Bonaparte. Los aliados ingleses en 1812 completaron la desolacion destruyendó la fábrica de *China*; pero con las dulzuras de la paz y con la real proteccion volvió el suelo á florecer, y brotó con nuevo vigor de entre escombros y cenizas la vegetacion encantadora que forma aun la delicia de Madrid. Del palacio del Retiro nada quedó sinó el salon de *Reinos* ocupado por el Museo de artillería, y el *Cason* que cedido en 1834 al estamento de Próceres, guarda hoy las curiosidades del *gabinete topográfico* bajo su techo decorado admirablemente al fresco por el pincel de Jordan.

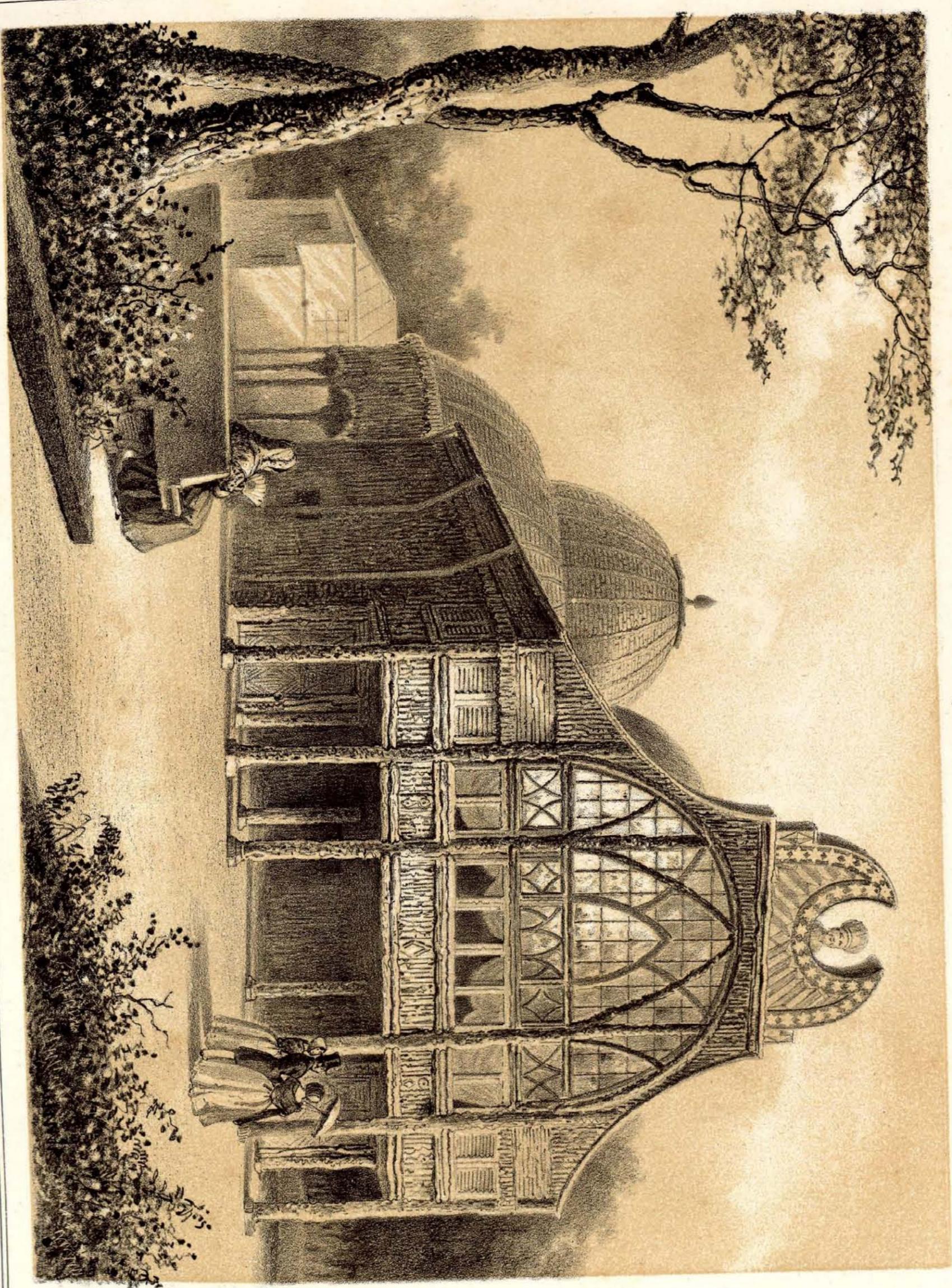
Si te aburres, ó viagero, de circular por el monótono aunque elegante Prado, subiendo la cuesta del nuevo Parque de Artillería, atraviesa la espaciosa y cerrada plaza que retiene su aspecto de cuartel y en que los restos del palacio se han uniformado con las contiguas habitaciones. Abiertos á todas horas están á tu curiosidad aquellos jardines un tiem.

(1) Dicha estátua colocada por los franceses en la plazuela de Sta. Ana, llama hoy en el Museo de escultura la admiracion de los inteligentes, así por la espresion de las figuras, como por la circunstancia de poderse despojar de su armadura la efigie del emperador que encubre debajo un escelente desnudo.

po impenetrables, donde los dos reyes postreros de la casa de Austria ocultaron el uno sus placeres, el otro sus dolencias y escrúpulos; y aunque los árboles son harto jóvenes para haber sido confidentes de sus secretos, y hasta el suelo está removido y trasformado, abre tu fantasía á la inspiracion de los recuerdos como tu corazon á los perfumes del ambiente. A tu derecha largas y despejadas calles se dilatan hasta Atocha, encerrando el lindo *parterre* nuevamente construido; á la izquierda un laberinto de verdor ofrece mil sendas á tus errantes pasos y dulce soledad á tus meditaciones: una encrucijada, una plazoleta circular, una casita blanqueando entre las ramas, te sirven de guia y de variedad. !Qué vaporosos penetran al través de aquel toldo los rojos resplandores del sol poniente! Cómo destacan en primavera sobre las verdes copas, aquellas plantas cuyas hojas son moradas flores cual apiñados ramilletes de violetas! Qué bien rielan en las aguas del anchuroso estanque (1) los árboles y las nubes, y el chinesco remate del *embarcadero* situado en su fondo, y los bojés y macetas de la opuesta orilla! Sentado allí en el poyo que le dá vuelta, si es que el mecimiento de las olas no te recuerda los mares de tu patria puedes figurarte á la régia falúa navegando el tranquilo lago, coronadas las márgenes de espectadores, ó trasladarte á las encantadas fiestas de Felipe IV, á aquella noche de San Juan de 1640, en que un súbito torbellino dispersò las barcas y apagò las luces y desbaratò las tramoyas del mágico edificio que en medio se levantaba, como para advertir al indolente rey las rebeliones pròximas á desencadenarse contra su trono. Y al regresar silencioso de tu paseo á la dudosa luz del crepúsculo, se te presenta Madrid tendido en larga línea sobre el inflamado horizonte con sus torres y cenicientas cúpulas y agudas veletas, mientras llega intermitente á tu oído el son de campanas y de tambores y el rumor confuso de la populosa capital.

Al otro lado del estanque, en el terreno que antes fué yermo y mas tarde frondoso bosque, florecen ahora los jardines reservados á S. M. y con todo accesibles al curioso forastero. Su estension de sí ya considerable parece duplicarse con la variedad de su perspectiva y de los objetos que la realzan: ya es una fuente, un canal, un estanque; ya una montaña artificial coronada por un templete que domina á Madrid y sus alrededores; ya un pabellon cuya rústica corteza encierra en un magnífico salon

(1) Su forma es cuadrilonga, de 960 pies de largo, sobre 440 de ancho.



Dibº del nat. por F. J. Pancerius a

CASA RUSTICA
(en el Reservado del Retiro)

Lit J. Bonon.





oriental las maravillas de las *mil y una noches* ; ya la casa *del pobre* donde separados por un solo piso aparecen los dos extremos del lujo y la indigencia; ya el embarcadero con su poligono retrete revestido de espejos. A par de estas obras en que el último reinado ostentó buen gusto ya que no magnificencia, construyóse eu 1850 la nueva casa de *fieras* con sus cuartos poblados de raras y lindas aves, con sus jaulas vacías hoy en su mayor parte, donde no ha mucho rugía el leon, donde se agitaba el inquieto ciervo, y yacía el laborioso camello, y flechaba el tigre sus sangrientas miradas.

Y no es el Retiro el único precioso dije que hace grata á los reyes su permanencia en la capital, y suple hasta cierto punto por las delicias de Aranjuez ó de la Granja. Al medio dia de Madrid junto al portillo de *Embajadores* abarca el *Casino de la Reina* en su desigual recinto risueños paseos, primorosos cuadros de flores, un canal con su puente-cito, un vasto invernadero de plantas, y estatuas de bronce y mármol, sobresaliendo la de Felipe II entre las primeras. Adornó ricamente Fernando VII aquel regalo hecho por la villa á su segunda esposa Isabel de Braganza, y las reducidas estancias de su pabellon no ceden á las de palacio en objetos raros y curiosos y en el lujo de muebles y colgaduras.

Frente á palacio y al otro lado del Manzanares estiende la *casa del Campo* sus incultos montes en un ámbito de dos leguas destinados en otro tiempo á la montería, y hoy á caza menos arriesgada y belicosa. Comprada por el emperador á su consejero Francisco de Vargas (1), embellecida por Felipe III cuya estatua ecuestre formó hasta el dia su principal ornamento, plantada de bosque por Carlos III, y destinada en nuestros tiempos al ensayo de mejoras agrícolas que no llegaron á realizarse, yace casi en el abandono, desamparada la habitacion y descuidados los jardines, que riega una magnífica fuente con cuatro tazas y figuras de mármol. Sus estanques y su ancho lago sirven así para la pesca, como para depósito de aguas manantiales que se reparten luego por sus huertas y bosques. En dimensiones mas reducidas y tocando casi al noroeste de la poblacion, ostenta sus graciosos jardines y linda casita el sitio de la Moncloa, quinta que fué de los duques de Alba, y ahora conocido con especialidad por su fábrica de loza y porcelana. Obras son

(1) El edificio conservaba aun las armas de los Vargas en tiempo de Felipe II, y haciéndoselo notar un cortesano, respondió el monarca : «Dejadlas, que las que son de vasallos tan leales bien parecen en la casa de los reyes.»

todas estas de gran coste y de buen gusto, aunque meros juguetes para el regio poderio, á cuyo grato efecto nada perjudica sino su mismo número y semejanza; oásis verdaderamente encantadoras de vegetacion y soledad que adquieren doble precio en medio del bullicio de la córte y de la aridez de sus campiñas!

§. III.

Tiempo hubo, si no pecan de ideales las descripciones de los antiguos cronistas, en que frondosos bosques y amenos prados vestian el despejado horizonte de Madrid, en que el agua vivificaba las entrañas de la tierra, y derramaba el verdor y la feracidad por aquellas lomas hoy dia descarnadas. El engrandecimiento de la villa fué fatal á la hermosura de su comarca; cayeron en derredor los árboles para formar el esqueleto y la techumbre de su inmenso caserío, y la dejaron espuesta sin abrigo al mortífero cierzo de Guadarrama y á los ardores de la canícula, alejando de su clima la salubridad y de su territorio la humedad y la frescura. La próvida mano de Cárlos III hizo brotar magnificas arboledas y deliciosos paseos, cuya lozania disculpa á la naturaleza, acusando la indolencia de los particulares, y reclama vides y olivos que varien y realcen con sus bellos sulcos aquellos monótonos campos de cereales. Ni poblaciones mas frecuentes y mas cultas, ni labores mas esmeradas, ni animados grupos de quintas y caseríos revelan la proximidad de la córte á una legua en contorno; anunciada solo por miseros figones, gózase en presentarse de improviso al estremo de rasa llanura ó de yesosa colina, con todo aquel conjunto de grandeza y mezquindad que la caracteriza y que recuerda sus dos condiciones tan diversas.

Al oeste de Madrid corre un rio de caudal tan escaso como sonora nombradía, y con todo es increíble la amenidad y provecho que derrama por aquel lado. El terreno quebrado en pintorescas ondulaciones, los sotos cubiertos de arboleda, el serpear de las aguas, los húmedos vapores dorados á la caída del sol, frecuentes huertas y casitas aparecen á la izquierda entre los corpulentos troncos del paseo de la Florida desde la puerta de S. Vicente hasta mas allá de la linda ermita de S. Antonio. Mas sombría é impenetrable casi á los rayos solares, sobre la margen del

mismo río, enséchase en varias calles la alameda de la *Virgen del Puerto*; sitios frondosísimos, abandonados habitualmente á las lavanderas, y en los días festivos á las meriendas del vulgo y pesadas danzas de los asturianos. Allá al lado tiende el suntuoso puente de *Segovia* sus nueve arcos de sillería, sepultados ya en la arena hasta su mismo arranque, justificando así la prevision del grande Herrera que, completadas las obras del Escorial, lo fabricó en 1584 por 200,000 ducados, sin curarse de los que murmuraban de tanta grandiosidad para tan mísera corriente (1). El Manzanares, al cual un embajador alemán daba la preferencia sobre los demás ríos de Europa, por la ventaja de ser *navegable á coche y á caballo* durante tres ó cuatro leguas (2), ha ido cegando su cauce con la greda de los próximos cerros, y ensanchando entrambas orillas como para recibir otro hiesped mas caudaloso. Ya en sus tiempos Juan II pensó en traer el Jarama desde el puente de Viveros á su predilecta villa por bajo de la torre de S. Pedro, y hacerle tributario del Manzanares junto á la puerta de *Segovia*: la muerte del rey deshizo este proyecto, y el río conforme aumentaba en lecho fué disminuyendo en caudal, aunque en el reinado de Felipe II pudo todavia el ingenioso Antonelli remontar su corriente desde su union con el Jarama á tres leguas de la capital hasta los bosques del Pardo. En 1668 dos ingenieros alemanes resucitaron la idea de hacerlo navegable, sin lograr mejor éxito que los pasados; y Ma-

(1) Eco de semejantes acusaciones es todavia el gracioso soneto que pone Lope de Vega en boca del Manzanares:

Quítenme aquesta puente que me mata,
Señores regidores de la villa,
Miren que me ha quebrado una costilla,
Que aunque me viene grande, me maltrata.
De bola en bola tanto se dilata
Que no la alcanza á ver mi verde orilla:
Mejor es que la lleven á Sevilla,
Si cabe en el camino de la plata.
Pereciendo de sed en el estío,
Es falsa la causal y el argumento
De que en las tempestades tengo brio.
Pues yo con la mitad estoy contento,
Tráiganle sus mercedes otro río
Que le sirva de hiesped de aposento.

ante es tambien la alusion que hace el mismo Lope á los baños y lavaderos en el soneto que empieza *Misero Manzanares*, y puede verse en sus obras.

(2) Gerónimo de Quintana, que refiere este dicho del conde Juan de Rhebner enviado del emperador Rodolfo II, toma el elogio por lo serio, y lo poetiza y amplifica estupendamente, haciendo la descripcion de los amenos sotos y verdes alamedas que atraviesa el río en su pedestre curso

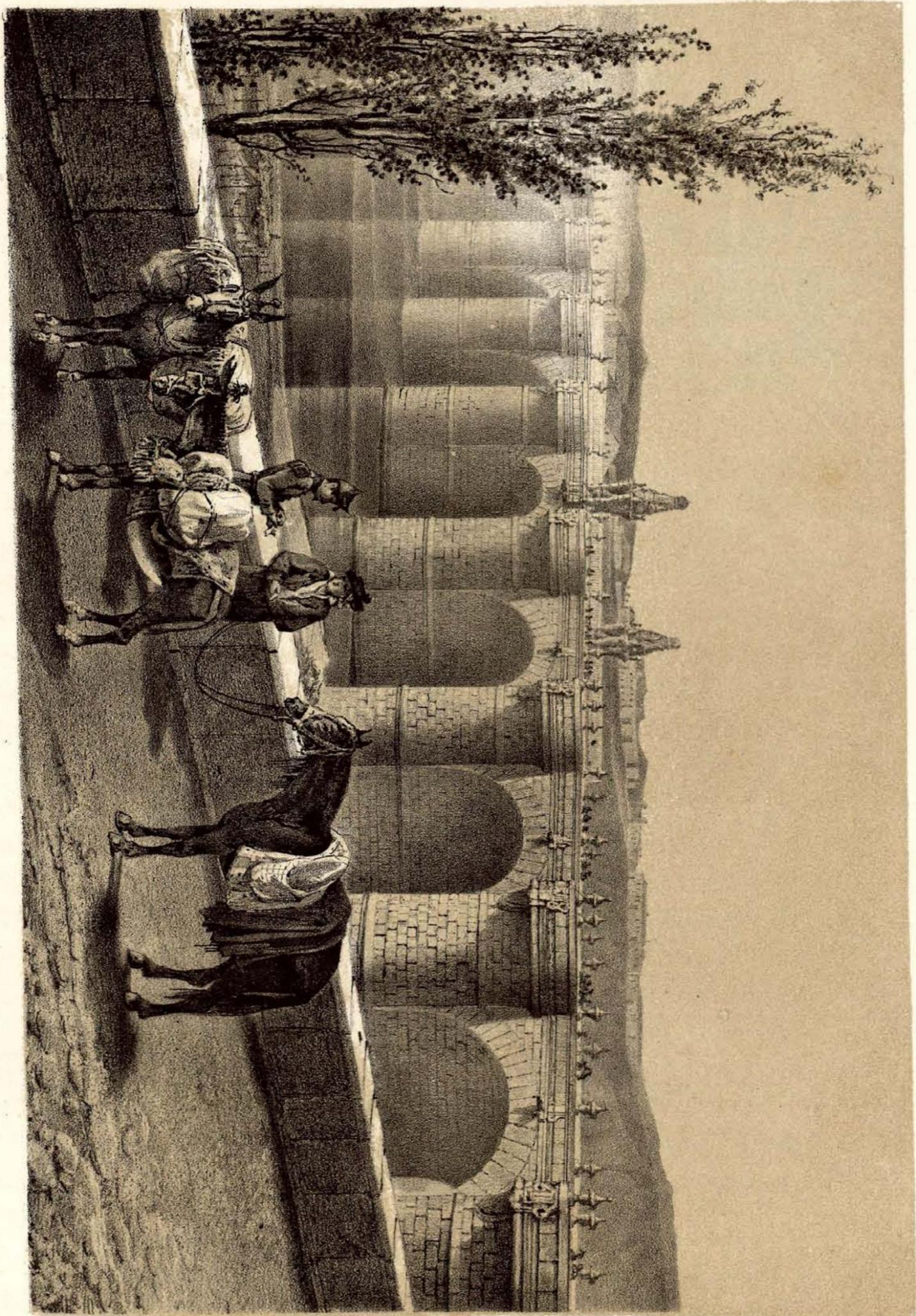
drid ha tenido que contentarse con hacerlo servir para sus baños y lavaderos, enturbiando á los poetas esta fuente de inspiracion en cambio de las burlas con que han zaherido su pobreza.

Sin embargo en los siglos XVI y XVII las orillas y deleitosa vega del rio atraian con preferencia la flor y nata de la córte, las justas y cavalgatas, las cenas y bailes, las citas y galanteos y demas incidentes fielmente retratados en las comedias de entonces. Allí en la mañana de S. Juan bajaban las damas á *coger el trebol*, alli se acampaba todo un pueblo en las noches de *verbena* (1), entregándose al placer y encomendando á la discrecion de las sombras toda clase de aventuras. Una sola vez al año vé todavía el Manzanares al vecindario en masa atravesar el puente de *Segovia* y trasladarse á la ermita erigida á S. Isidro sobre una altura por la esposa de Cárlos V, y en 1724 renovada: confúndense alli en un comun movimiento y alegria las clases todas y condiciones sociales, y de la fusion de tantos y tan variados matices resulta el carácter original de la romería de 15 de mayo. Superando aquellos cerros ácia la izquierda, están los lugares que han usurpado á las riberas del rio con notable desventaja el privilegio de divertir á los madrileños: nada recomienda á los dos Carabancheles *alto y bajo* sino la propiedad real de *Vista Alegre* y varias quintas particulares, costosos esfuerzos del arte y amurallados retretes de verdor, fuera de los cuales no se respira sino polvo, no se descubren sino terrones.

Sigue el Manzanares su curso ácia mediodia alejándose de la poblacion, no sin tropezar antes con otro grandioso puente tambien de nueve arcos, reedificado en 1755, época fatal cuyas extravagancias ostenta en los pabellones que en medio se levantan con estátuas de S. Isidro y de Santa María de la Cabeza (2). Desde el puente de *Toledo* desangra al rio un hondo canal abierto bajo los benéficos auspicios de Cárlos III, que por es-

(1) En 1588 se prohibió la verbena de S. Juan y que nadie *saliera al rio*, para escusar ofensas á Dios y tenerle propicio en la expedicion de la Armada Santa contra Inglaterra. A mas de las verbenas de S. Juan y de S. Pedro que se celebran en el Prado con grande algazara y concurrencia de gentes y comilonas y músicas hasta la madrugada, la costumbre ha perpetuado en Madrid algunas otras como las del Cármen, Santiago y S. Lorenzo, circunscritas á las calles de su nombre, y cuyo único atractivo son algunos puestos de dulces y juguetes y tiestos de albahaca. Desfigurados restos de las vigalias con que los antiguos cristianos alrededor de los templos aguardaban que rayase el alba de las grandes festividades.

(2) Por lo dicho parecerá extraño que nos propongamos dar la vista de ese puente; mas nos creemos obligados á ello por la misma originalidad de su caracter. Todo monumento que, como este, refleje fielmente su época es una página para la historia del arte y digno por tanto de ser conocido y apreciado.



Wm. Barnett & Co. del. por F. J. Parcerisa.

Lit. de Donon.

PUENTE DE TOLEDO.
(Madrid)





pacio de tres leguas conduce sus aguas hasta muy cerca de su confluente con el Jarama á la sombra de álamos y moreras, reflejando á trechos en su quieta superficie los puentes, esclusas y molinos. Junto al embarcadero corre por sus orillas un dilatado cuanto frondoso paseo, cuyos dos extremos enlazan con la puerta de *Atocha*, formando triángulo, las pobladas alamedas de las *Delicias* alineadas en tres calles y cortadas por circulares plazoletas. Pero si desde *Atocha* torcemos ácia el Este en busca de la puerta de *Alcalá*, rodeando las interminables tapias del Retiro que resalta del casco de la poblacion como una monstruosa escrescencia, solo aridez tropezará la vista en cuanto alcanza, solo aridez acompaña al viajero por la carretera de Aragon, interrumpida únicamente á casi dos leguas de distancia por el denso y prolongado grupo de árboles que ocultan la bella quinta de la *Alameda* (1).

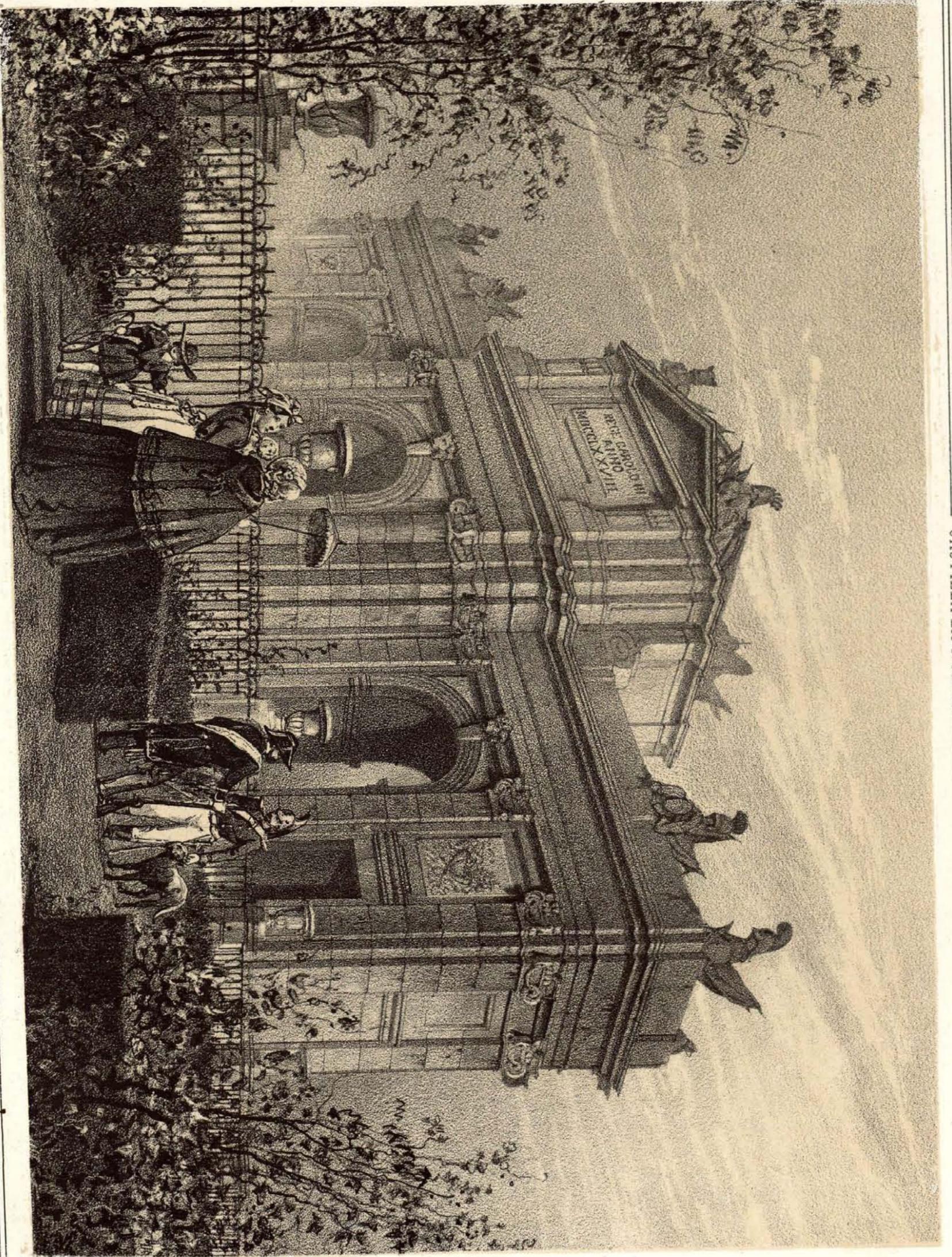
Alegra las alturas tendidas al norte de Madrid el paseo elegante de la *Fuente Castellana*, que Cervantes llamaba ya *estremadisima* por la frescura de sus aguas, y á la cual se ha añadido de algunos años acá el adorno de un gallardo obelisco, de cuadros de flores y sombrías enramadas, dándose la mano sus arboledas por un lado con la puerta de *Recoletos*, y por otro con el creciente arrabal de *Chamberi*. Filas de árboles sombrean en derredor la ruda cerca de la capital, si bien estos paseos no tienen mas atractivo que el abrigo de las tapias y el dulce calor de un sol de invierno. Interrumpen esta monotonía las puertas de la poblacion alternadas con portillos, cuya salida como la embocadura de un canal hierve siempre en variado movimiento; pero vence á las otras la de *Alcalá*, sobre todo en las tardes de los lunes, trocada en caos y torbellino de gentes, que se precipitan á henchir la vasta plaza de *toros* edificada á la salida por Fernando VI, y á gozar del espectáculo tan popular en España como reprehendido y sin embargo disfrutado por los extranjeros.

Magnífico es el arco de triunfo que forma aquella puerta, perpetuando la memorable entrada del generoso Carlos III: columnas jónicas, cuyos capiteles se modelaron sobre los que trazó Miguel Angel para el Capitolio romano, sostienen el ancho cornisamento y dividen la fachada en cinco comparticiones, abiertas las tres del centro en arcos almohadilla-

(1) Pertenece al duque de Osuna, y esta posesion data al parecer de tiempo antiguo, pues en 1621 el célebre duque ex-*virrey* de Nápoles tuvo por primera prision su castillo de la *Alameda*; pero su forma actual es de principios de este siglo ó de fines del otro. En la bella fachada que dá á los jardines, y en la frondosidad, adorno y variedad de estos, apenas cede á los reales sitios sobre cuyo modelo se ha calcado.

dos, y en puertas cuadradas las dos del extremo. Sobre el arco del medio y encima de la cornisa asienta un ático rematando en frontispicio con las armas reales sostenidas por la Fama: figuras de niños ácia el campo y trofeos militares ácia dentro campean en su parte superior. La sencillez de la inscripcion grabada por ambos lados, *Rege Carolo III anno MDCCLXXVIII*, corresponde á la dignidad que supo dar á su obra el arquitecto D. Francisco Sabatini. Situada la puerta de *Alcalá* en el término oriental de Madrid, tiene como por colaterales á los dos extremos del largo Prado la de *Recoletos* y la de *Atocha*, vuelta la primera al nordeste y al sudoeste la segunda: aquella construida en 1756, de un solo arco entre dos puertas cuadradas coronado con frontispicio triangular, y alejándose ya en su regular arquitectura del mal gusto que caracteriza sus inscripciones; la de *Atocha* de tres arcos iguales, cuyos modernos reparos no han borrado del todo la barroca mancha que contrajo á su nacimiento en 1748. Acia mediodia miran los portillos de *Valencia* y de *Embajadores* ambos de un solo arco del tiempo de Carlos III, y la reciente puerta de *Toledo* concluida en 1827, cuyo grandioso arco acompañan dos ingresos cuadrados y coronan varios grupos alegóricos. Al sudoeste el portillo de *Gilimon* junto al cual habitó este fiscal del consejo de Castilla á principios del siglo XVII, y mas arriba el de *las Vistillas* no fijan ni por un momento las miradas del curioso: al poniente la histórica puerta de *Segovia* muestra desde el reinado de Felipe III sus dos modestos arcos de ladrillo, eclipsados por el muy elegante que forma la puerta de *San Vicente* y que revela en la noble sencillez de sus columnas dóricas y del frontispicio triangular su fecha de 1775 y la direccion de Sabatini; entre ambas yace al pié de áspera cuesta la famosa puerta de *la Vega* trasformada en rústico postigo. Las largas calles del norte desembocan al campo por cinco puertas de un arco cada una, las de *San Bernardino*, del *Conde Duque*, de *Fuencarral* ó de *Santo Domingo*, de *Bilbao* y de *Santa Bárbara*; y solo la de *Bilbao*, que poco hace se llamaba de los *Pozos*, se distingue desde 1767 por su buena construccion.

Pero si bien se asemejan estas diez y seis entradas por su forma y ornato, preparan al viagero á bien distintas impresiones, presentando la corte á su primera ojeada bajo contrarios aspectos. Grande y régicamente esplendorosa la despliega la puerta de *Alcalá* ante el catalan y aragonés; risueña y floreciente ofrécela la de *Atocha* al valenciano, ora



Dib. del nat. y lit. por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. Doyon.

PUERTA DE ALCALA
(desde el Retiro.)





se interne por la gran calle de su nombre, ora siga el delicioso Prado; llena de plebeyo bullicio y de repugnante miseria se descubre al manchego y al andaluz por la puerta de *Toledo*; poética y como anonadada por el real Palacio desde la puerta de *Segovia* introduce al extremeño y castellano por tortuoso y pendiente laberinto; adusta y solitaria, tendida en espaciosas y rectas calles con cierta aristocrática inmovilidad, recibe al francés y al vascongado por la puerta de *Bilbao*, á cuya entrada gallardea el lindo arrabal de *Chamberi* esperando la hora de ser acogido dentro de las tapias.

Corazon á donde van á parar estas arterias viene á ser la famosísima *Puerta del Sol*, que tres siglos atrás señalaba el lindero oriental de la poblacion y ahora constituye su centro. En su irregular y no muy ancho recinto añuda las calles principales que desde allí se desparraman en todas direcciones: sírvele de distintivo el perpétuo bullicio en que hierve, y de único realce la *casa de Correos*, cuyos balcones del piso principal, asentado sobre el grueso basamento con menos esbeldéz de lo que podía esperarse en 1768 (1), le dan un aspecto mas robusto que elegante, como si presagiara el carácter de fortaleza que ha tenido que asumir en dias de asonada. Forma su testero ácia levante la pequeña iglesia del *Buen Suceso* en el vértice del ángulo trazado por las magníficas calles de *Alcalá* y *Carrera de San Gerónimo*, canales por dõ se vierte en el Prado la mas brillante concurrencia: ácia el norte sube ensanchándose la brillante calle de la *Montera* desplegando sus magníficas tiendas, ácia el sur la calle de *Carretas* con sus mezquinas librerías, ácia poniente la calle *Mayor* digna todavía de este nombre por la suntuosa regularidad de sus casas y lo copioso de sus almacenes. Asoman allí mismo, si bien menos visibles, la mercantil calle de *Postas* en direccion á la *Plaza Mayor*, la estrecha del *Arenal* para guiarnos hasta Palacio, la tortuosa y larga de *Preciados*, y su paralela la del *Carmen* rival de la de la *Montera* en el lujo de las tiendas ya que no en rectitud y anchura.

(1) Presentó magníficos planos para esta construccion D. Ventura Rodriguez, pero prevaleció la intriga, y fueron preferidos los de un francés llamado Jaime Marquet venido para entender en el arreglo del empedrado, el cual entretanto dirigia Rodriguez como arquitecto de la villa. Con este motivo se dijo agudamente: *al arquitecto las piedras, y la casa al empedrador*. La obra de Marquet, aunque regular en su conjunto, ha merecido severa censura por su falta de elegancia, y hasta se refiere la anécdota de que se le olvidó la escalera principal, teniendo que añadirse la postiza.

Desde este centro fácil es metodizar nuestras escursiones, en las cuales produjera monotonia un orden harto estricto por fechas, barrios ó edificios, así como introdujera confusion un total abandono al capricho de la fantasía. Si por un lado nos duele truncar los recuerdos y aproximar las obras de distinta índole y siglo, duélenos tambien aislar y arrancar, digámoslo así, el edificio del suelo que le sustenta y de los objetos circunvecinos. No es un mapa topográfico el que emprendemos, sino un rápido paseo por aquellas nombradas calles, que con tanto placer recuerda quien las corrió, como afan siente en representárselas quien nunca las ha visto. Dejados los templos para mas tarde, pocas construcciones detendrán nuestra carrera si no tienen otro encanto que su grandeza y regularidad, por mas que abriguen curiosidades y riquezas que visitáramos como forasteros, mas no como artistas. Sus casas, simétricas y lindas en el centro de la poblacion y en varios de sus ramales, mezquinas y viejas sin ser antiguas en los barrios apartados, son á la arquitectura lo que es respecto de la literatura la conversacion y correspondencia privada; porque no entra bajo el exámen del arte, aunque reconozca sus reglas y hasta deleite por un momento los sentidos, lo que es mero objeto de uso comun, de comodidad ó de especulacion. ¿Qué le importan las dilatadas filas de balcones, y los estrechos portales, y las anchas aceras, y el revoque de las fachadas, el oropel de las tiendas, el brillo de los cafés? Todo se renueva incesantemente: antigüedades son en Madrid las obras contemporáneas del buen Carlos III, y en un mes brotan y en un lustro envejecen sus fáciles y endebles fábricas, parecidas en esto á las chozas y aduares de salvajes tribus; tan cierto es que se tocan los dos extremos de la civilizacion!

Si principiamos por el cuartel del norte, al extremo de la calle de la *Montera* (1) *la red de San Luis*, formando triángulo y adornada con

(1) Espinosa cuanto inútil tarea seria el averiguar la etimología de los variados nombres con que se distinguen las calles de Madrid; dióselos su posicion, la profesion ú oficio de sus vecinos, un título ó apellido ilustre, la iglesia ó convento inmediato, alguna devota imagen ó arruinada ermita, la villa ó ciudad cuya direccion llevan, un árbol, la muestra de alguna tienda, cualquier leve incidente, cualquiera casualidad que fija á veces una fugaz espresion: pocos tienen aquel colorido descriptivo ó anecdótico que pudiera hacerlos interesantes. Baste saber que los mas de estos nombres son antiguos y se hallan ya consignados en los autores del siglo XVII, y que los cambios que en ellos ha intentado la actual político-manía han sido por lo general poco afortunados. Nos contentaremos pues con indicar de paso algunos recuerdos y curiosidades topográficas mencionadas en el *Manual* del Sr. Mesonero Romanos, y sobre todo en una poesia de D. Nicolás Fernandez Moratin de quien son los versos insertos en las siguientes notas.

Montera: tomó la calle su nombre de una célebre hermosura muger del montero del rey, no

una moderna fuente, reproduce en pequeño la forma de la *Puerta del Sol*: á la derecha baja ácia el Prado la elegante calle del *Caballero de Gracia*, á la izquierda gira la de *Jacometrezo* menos linda que frecuentada; enfrente se prolongan de cada vez mas divergentes las de *Fuencarral* y *Hortaleza*. Si dejando á la izquierda de la primera los yermos y alineados barrios de *Maravillas*, y á la derecha de la segunda el deforme y apartado distrito del *Barquillo*, seguimos siempre ácia septentrion cualquiera de estas dos espaciosas calles, veremos amortiguarse gradualmente su belleza y animacion, hasta que al extremo de la de *Fuencarral* y á vista de la puerta de *Bilbao* nos muestre el Hospicio su churrigueresca portada de proverbial monstruosidad, y hasta que en lo alto de la de *Hortaleza* se nos aparezca la cárcel del *Saladero*, que hace á la puerta de *Santa Bárbara* tan poco halagüeña compañía como los ranchos y campamentos de gitanos en tiempo de Cervantes (1).

A una misma línea con la *Red de San Luis*, aunque mas ácia poniente, existe otro de estos focos subalternos, y es la plazuela de *Santo Domingo* cuya irregularidad y declive no han remediado los recientes derribos. Por las cuestas que la separan de la llanura de Palacio, vierte el gentío que recoge de las populosas calles de su derecha, ó lo dirige ácia la contigua *casa de Ministerios*, que construyó Sabatini con elegante sencillez, y cuyo interior y bellissima escalera adornó ricamente el príncipe de la Paz al apropiársela como palacio. Pero ácia el norte es donde estiende la plazuela de *Santo Domingo* sus venas principales: en sus ondulosas y dilatadas sinuosidades la calle *Ancha de San Bernardo* hasta la solitaria puerta de *Fuencarral* ofrece una série apenas interrumpida de grandes y suntuosos caseríos; y las de *Maria*

se espresa cual. *Red de S. Luis*: vendiase allí el ganado, y se llamaban *red* los mercados por las rejas de hierro en que estaban encerrados los géneros. A la del *Caballero de Gracia* dió nombre el modenés Jacobo de Grattis caballero de la órden de Cristo que murió en ella de 102 años en 1619: en una posada de la misma calle Antonio Ascham enviado de Cromwell fué asesinado á 6 de mayo de 1630 por cinco realistas ingleses en venganza de la muerte de Carlos I que Ascham habia votado en el parlamento. La calle de *Jacometrezo* recuerda perenemente que allí vivió Jacobo Trezzo de nacion Lombardo, escultor singular y fundidor de Felipe II, hombre dulce en condicion y conversacion, segun testimonio de Ambrosio de Morales. En la plazuela de *Moriana* estaban las *Eras* de S. Martin frente al postigo de su nombre, y la contigua calle de la *Abada* se llama así desde que á ella vino desde el Brasil ó desde Java una abada ó rinoce-
ronte hembra, conducida en 1381 por unos portugueses. El barrio del *Barquillo* por una singular anomalía perteneció en lo antiguo á la jurisdiccion del pueblo de Vicálvaro.

(1) Volvió (la gitanilla) á su antiguo rancho donde ordinariamente le tienen los gitanos en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería donde todo se compra y

Cristina y de *Leganitos* (1) bajan y suben para ir al encuentro de la escasa y esparcida población que casi toca al reciente hospicio de San Bernardino. En medio de aquellas tristes alturas y desabridos barrios levanta el cuartel de Guardias de Corps su culminante observatorio y su inmensa y arreglada mole, afeada en cuanto quiso embellecerla su arquitecto Ribera; y el palacio del duque de Liria honra el talento de D. Ventura Rodríguez con sus dos lindas fachadas que adornan pilastras y columnas dóricas en el cuerpo principal, y que descuellan con la risueña apariencia de una quinta por entre las rejas del atrio y por cima del verdor de sus jardines.

Desde allí bajando á poniente en busca de Palacio, tiende el cuartel de *S. Gil* en una yerma plaza su fachada prolongadísima, y una deliciosa alameda por bajo del pelado cerro del *Príncipe Pio* conduce á la puerta de *S. Vicente*. El orden y el desahogo junto con la escasez de movimiento caracterizan los barrios contiguos á la régia mansion, y la simetría y aseo de las nuevas manzanas contrasta con la irregularidad de las que allí se apiñaban y de las que todavía quedan en pié cual carcomidas páginas de otro siglo (2). Cierra la embocadura de la gran plaza de *Oriente* el teatro de su nombre, que tan pronto salon de máscaras como salon de córtés, como cuartel de tropas, para todo ha servi-

(1) *Leganitos* se deriva al parecer de la palabra árabe *Alganuit* que significa huertas. La calle de *María Cristina* se ha llamado hasta nuestros días de *la Inquisición* cuyas prisiones estaban en la casa núm. 4. La *Ancha de S. Bernardo* se tituló antes de *Convalecientes* por un hospital que en ella había. La de *las Veneras* tomó su nombre de la casa de *las Conchas* que fué hospital de peregrinos. La de *Torija* se llamó de *Corito*. La calle y portillo del *Conde Duque* recuerdan que en el vasto solar del cuartel de Guardias de Corps tuvo su palacio y jardines el célebre privado.

(2) Parte de la gran plaza de *Oriente* ocupaba la huerta de *la Priora* cuya fuente era muy celebrada: la plaza de la *Armería* se llamaba *Campo del Rey*. El altillo que ahora se reforma, llamado de *Rebeque* por haberlo habitado el marqués de Rebecq embajador de Holanda y después el poeta príncipe de Esquilache, supone Moratin que dió asiento al primitivo alcazar morisco y al mismo palacio donde residió Juan II, y que luego *por el aire y situacion mejores* se trasladó la mansion real á una torre que había en medio del Parque que trocó su fabuloso nombre de *Hércules* por el de *Cárlos V.* Conjetura sin apoyo, pero bellamente indicada en estos versos:

...se admiran de oír en su barriada
Como retumba el cóncavo sonoro.
Y es que allí la alcazaba torreada
Un tiempo fué del moro y el cristiano,
Con minas, silos, cueva y escapada,
Que duran á pesar del tiempo cano,
Y cuatro torres en la casa antigua,
Obra real á estilo castellano.

do escepto para el grato destino que Fernando VII le dió al levantarlo; su sexágona planta vuelve á Palacio una fachada cóncava no concluida, y la otra adornada con elegante pórtico ácia la plazuela en el cual existia el de los *Caños del Peral* desde los tiempos de Felipe V. Junto á su solar ya borrado desagüa la calle *del Arenal* (1) estrecho arroyo que divide las populosas feligresías de S. Martin y S. Ginés un tiempo arrabales, cuya antigüedad se confunde con la de la misma poblacion.

El que busque empero el Madrid primitivo, el que desee alcanzar todavía las robustas y desmochadas torres corona de su gentileza (2), los prolongados aleros los grandes portales, las bajas y tentadoras rejas, los tétricos callejones, los alevos recodos, que formaban, digámoslo así, su trage de *capa y espada* y la eterna decoracion de nuestro romántico teatro, intérnese por las en crucijadas y revueltas de la *Almudena* al sudeste de Palacio; y si de aquellos vastos caserones no osamos en conciencia designar ninguno como contemporáneo de Calderon, percibirá siquiera en su disposicion y conjunto cierto sabor de antigüedad. Atravesando luego la calle *Mayor*, enfile la solitaria del *Sacramento*, y gire por el laberinto de tortuosos pasadizos y melancólicas plazuelas que cercan la *de la Villa*: una enorme cruz de piedra muestra el antiguo sitio de la *Puerta Cerrada*, y la *Caba baja* describe todavía la línea del muro que con la *puerta de Moros* la enlazaba. Pobres manzanas retienen allá cerca el nombre de *Moreria* de cuando hospedaban á los vencidos sectarios del Alcorán, y no lejos tal vez tuvieron su asilo los despreciados hijos de la Sinagoga (3) sobre los barrancos de las *Visti-*

(1) Esta calle se terraplenó con el desmonte de la de *Jacometrezo* y otras por lo que dice Moratin:

El profundo *arenal* que dió caminos

Al agua, y dió llanura que no habia,

Tragando en sí los cerros convecinos.

Junto á la calle de los *Tintes* hoy *Escalinata* sumia estas aguas el llamado *Pozasho*. El nombre de *Espejo* de la contigua calle se cree una equivocada traduccion del latino *specula* atalaya, tan parecido á *speculum*. En la travesía de la *Duda* al fin de la calle del *Arenal* estaba la mancebía en tiempo de Felipe III.

(2) Eran innumerables las torres solariegas que en el siglo XVII existian aun ácia S. Salvador, Santiago, S. Miguel, S. Justo, S. Andrés y *Puerta Cerrada*, lo que dió origen al mote *Madrid, Madrid, altas torres, villa gentil*.

(3) Existía en Madrid Sinagoga que pagaba al rey, á los infantes y á varios particulares 10,103 mrs. segun el padron general de 1348 formado en Huete; y del nombramiento que dió á su médico maestro Pedro el arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio en 1395, aparece que aquel prelado tenia la facultad de dar alcalde ó juez mayor á dicha Sinagoga.